

## DOS AÑOS EN INGLATERRA

El 26 de octubre de 1838, el general conde Sebastiani, embajador de Francia en Inglaterra, daba sin comentario alguno la noticia siguiente al conde Molé: «El príncipe Luis Bonaparte ha llegado ayer á Londres, apeándose, como en su primer viaje, en el hotel Feuton.» El príncipe iba á permanecer cerca de dos años en Inglaterra, sin salir de allí más que para intentar su aventurada expedición de Boulogne.

Luis Napoleón tenía un carácter esencialmente cosmopolita: hablando italiano, alemán é inglés tan bien como si hubiese nacido en Italia, en Alemania ó en Inglaterra, distinguíase por su facilidad para tomar las costumbres y asimilarse el carácter de los habitantes de los países adonde las vicisitudes de su destierro le conducían. En las Romanas, en 1831, había pensado, hablado y procedido como un carbonario; en los cantones alemanes de Suiza se mostró demócrata, bebedor de cerveza, tirador al blanco, oficial de artillería helvética y buen ciudadano turgoviano. En Inglaterra iba á tomar los modales, las ideas y el lenguaje de un *gentleman*, á la vez hombre de estudio y aficionado al *sport* y á los placeres; que lo mismo frecuentaba los clubs elegantes que las bibliotecas; á quien agradaban los caballos, las carreras y los teatros, y que, así como muchos hombres de Estado ingleses, se entregaba á las más diferentes ocupaciones, distinguiéndose tanto en los ejercicios intelectuales cuanto en los físicos. Se proponía seducir á los Pares de Londres como lo había hecho con los habitantes del cantón de Turgovia.

El príncipe se instaló en una casa perteneciente á lord Cardigan, Carlton-House, situada en una gran plaza entre Saint-James Park y Regent street, en la inmediación de los clubs *United Service*, *Athæneum* y *Travellers*. Después se alojó en Carlton-Gardens, en una casa perteneciente á lord Ripon: la sala tenía por adornos varios recuerdos históricos: un busto de Napoleón por Canova, un retrato de la emperatriz Josefina por Guerin, otro de la reina Hortensia, la faja tricolor que el general Bonaparte llevaba en la batalla de las Pirámides; el anillo de la coronación que Pío VII puso en el dedo del emperador durante la ceremonia de la consagración; la sortija con que éste adornó el dedo de Josefina al efectuarse la misma ceremonia, y el talismán de Carlomagno, descubierto en Aquisgrán en la tumba del gran emperador Carlovingio, y entregado á Napo-



El vizconde de Persigny, uno de los primeros partidarios de Luis Napoleón



león por el clero de la catedral. El príncipe tenía á su alrededor una pequeña corte, compuesta del coronel Vaudrey, de M. de Persigny, de M. Bouffet de Montaubán, antiguo coronel del ejército colombiano, y del doctor Conneau. El tren de su casa no carecía de cierto lujo: en las portezuelas de su mejor coche figuraba el águila imperial; tenía dos caballos de tiro, uno para su cupé, y dos de silla. El *Court Circular*, el *Morning-Post* y el *Times* describían minuciosamente sus hechos y dichos en la alta sociedad; no iba á la corte ni á casa de los ministros; pero estaba en continuas relaciones con los más grandes señores y las más nobles damas de Inglaterra. En 1839 figuraba en el famoso torneo organizado por el conde de Eglington; y habiéndole obsequiado el *Club de la Marina* con un banquete, pronunció las siguientes palabras: «No hablo aquí, señores, de vuestros triunfos guerreros, porque todos vuestros recuerdos gloriosos son para mí asunto de lágrimas; pero hablo con gusto de la gloria más hermosa y duradera que habéis adquirido, llevando la civilización á mil pueblos bárbaros y á las más lejanas regiones.» Así era como Bonaparte hallaba el medio de hacerse agradable á los ingleses.

Bajo estas apariencias de *dandy* se ocultaba en Luis Bonaparte un conspirador desenfrenado. La embajada de Francia sospechaba que tenía intención de acometer alguna nueva empresa; pero no se creía en disposición de vigilarle eficazmente. El general Sebastiani escribía al conde Molé en 10 de febrero de 1839: «Luis Napoleón acaba de alquilar en Londres el hotel del conde Cardigan. Por diversos conductos recibo noticia de que sus partidarios se agitan y mantienen ilusiones de que él está demasiado dispuesto á participar. Más de una vez he tenido ocasión de llamar la atención de V. E. sobre la imposibilidad en que me hallo de ejercer por este concepto la menor vigilancia. El señor ministro del Interior juzgará sin duda necesario encargar de ello en particular á un agente especial de su departamento.» Algunos días después de la intentona de Estrasburgo, el mismo príncipe declaró, al procederse á su interrogatorio ante la comisión instructora del Tribunal de los Pares (19 agosto de 1840), que conspiraba hacía algún tiempo. «Apenas hace un año ó año y medio, dijo el acusado, que comencé á mantener inteligencias en Francia. Mientras creí que el honor me prohibía emprender la menor cosa contra el gobierno, permanecí tranquilo; pero cuando me persiguieron en Suiza bajo el pretexto de que conspiraba, volví á comenzar á ocuparme de mis antiguos proyectos.»

En París los emisarios del príncipe trataban de reanudar relaciones entre él y los republicanos. M. Vieillard le escribía en 8 de enero de 1839: «Sin duda sabréis, príncipe, que he asistido algún tiempo hace á una entrevista con varios jefes del partido republicano, y también sabréis ó adivinaréis cuál era el objeto. Tratábase de hacerles aceptar vuestra intervención, demostrándoles que en interés de la patria, de la libertad y de la igualdad era útil, y hasta necesario, tener un nombre indiscutible que forzando, por decirlo así, el sufragio universal, apartase por esto mismo inmediatamente la funesta competencia de ambi-

ciones subalternas, previniendo los peligros de la anarquía. Creo que han convenido en este punto, aceptándoos con una condición, la de que reconoceréis cualquiera que fuese la forma de gobierno que se establezca, que el jefe debe ser responsable.»

Luis Napoleón hizo por sí mismo una larga defensa *pro domo sua*, publicando en Londres, á principios de 1840, una obra que había escrito y cuyo título era: *Las ideas napoleónicas*. El autor consideraba su libro como el evangelio del imperio democrático, como el testamento de Napoleón I y el programa del reinado de Napoleón III. Al leerle se preguntaban unos á otros si aquello era el sueño de un visionario ó la obra de un político; el pensamiento y el estilo tenían algo del hombre iluminado, y cierto carácter místico, como las *Palabras de un creyente*, de Lamennais. A los ojos de Luis Napoleón, el bonapartismo no era una opinión, sino un culto, y el sobrino del emperador hablaba de su tío como de un ser sobrenatural. «Los grandes hombres, decía, tienen una cosa de común con la divinidad, y es que no mueren jamás del todo; su espíritu les sobrevive, y la idea napoleónica ha brotado de la tumba de Santa Elena así como la moral del Evangelio se elevó triunfante á pesar del suplicio del Calvario. La fe política, lo mismo que la fe religiosa, ha tenido sus mártires, y lo mismo que ella, tendrá también sus apóstoles y su imperio.»

Según Luis Bonaparte, la idea napoleónica consistía en combinar los derechos del pueblo con los principios de autoridad; en no ver en Francia más que hermanos fáciles de reconciliar, y en las diferentes naciones de Europa únicamente individuos de una sola y gran familia. «La idea napoleónica, decía, aplana las montañas, atraviesa los ríos, facilita las comunicaciones y obliga á los pueblos á darse la mano. Ocupa todos los brazos y todas las inteligencias; entra en las cabañas, pero no llevando en la mano las estériles declaraciones de los derechos del hombre, sino con los medios necesarios para apagar la sed del pobre, para calmar su hambre, y además tiene un relato de gloria para despertar su amor á la patria. Humilde sin bajeza, llama á todas las puertas, recibe las injurias sin odio ni rencor, y avanza siempre sin detenerse, porque sabe que la luz va delante y que los pueblos la siguen. Como ante todo quiere persuadir y vencer, predica la concordia y la confianza, y apela más bien á la razón que á la fuerza; pero si acosada por demasiadas persecuciones llegase á ser única esperanza de los pueblos desgraciados y último refugio de la gloria y del honor del país, entonces, tomando de nuevo su casco y su lanza y subiendo al altar de la patria, diría al pueblo engañado por tantos ministros y oradores lo que San Remi decía al orgulloso Sicambro: «Derriba tus falsos dioses y tus imágenes de arcilla; quema lo que has adorado hasta aquí, y adora lo que has quedado.»

La obra tomaba á veces el tono ditirámico, y el autor exclamaba: «Francia de Enrique IV, de Luis XIV, de Carnot y de Napoleón, tú que siempre fuiste para el occidente de Europa origen del progreso, tú que posees los dos sostenes



de los imperios, el genio de las artes pacíficas y el genio de la guerra, ¿no tienes más misión que cumplir? ¿Agotarás tus fuerzas y tu energía, luchando sin cesar contra tus propios hijos? No; tu destino no puede ser tal; y muy pronto llegará el día en que para gobernarte te será preciso comprender que tu deber es poner en todos los tratados tu espada de Breno en favor de la civilización.»

El programa desarrollado en *Las ideas napoleónicas* se resumía en tres puntos: alianza del Imperio y de la democracia, librecambio, y principio de las nacionalidades.

La conclusión era esta: «Repitamos, para terminar, que la idea napoleónica no es una idea de guerra, sino una idea social, industrial, comercial y humanitaria. Si para algunos hombres aparece siempre con el rayo de los combates, es porque efectivamente estuvo demasiado tiempo rodeada del humo del cañón y del polvo de las batallas; pero hoy las nubes se han desvanecido, y se percibe á través de la gloria de las armas una gloria civil más grande y más duradera.

»Que los manes del emperador reposen, pues, en paz. Su memoria es más grande cada día; cada ola que se estrella contra la roca de Santa Elena lleva consigo un soplo de Europa, un homenaje tributado á su memoria, una lágrima sobre sus cenizas, y el eco de Longwood repite sobre su féretro: «Los pueblos libres trabajan por doquiera para rehacer tu obra.»

Pocos días después de publicarse *Las ideas napoleónicas* aparecía en Inglaterra otra obra sin firma, cuyo autor era M. de Persigny, y que tenía por título: *Cartas de Londres: Visita al príncipe Luis*. Luis Napoleón tenía ya fanáticos, y en primera línea figuraba M. de Persigny, á la vez soñador y hombre de acción, con visos de conspirador é intuiciones de vidente. Pocos personajes han tenido en semejante grado el espíritu de iniciativa y el don de profetizar. Las *Cartas de Londres* eran un hábil reclamo: el autor hacía de Luis Napoleón un retrato igualmente lisonjero por lo moral como por lo físico, y extasiábase sobre «la imponente altivez de aquel perfil romano, cuyas líneas tan puras y graves y hasta solemnes, son como el sello de los grandes destinos.» Y añadía: «Lo que llama sobre todo la atención es esa expresión indefinible, melancólica y meditabunda que se nota en toda su persona y que revela los nobles dolores del desterrado. Los tonos sombríos de su fisonomía indican un carácter enérgico; su tranquilo continente, su mirada, á la vez viva y pensadora, todo en él revela una de esas naturalezas excepcionales, una de esas almas fuertes que se alimentan de la preocupación de las grandes cosas, y que son las únicas capaces de llevarlas á cabo. Todos los hombres que alcanzaron gran renombre en la historia tuvieron en su persona esas seducciones secretas y misteriosas que inspiran las abnegaciones, encadenan las voluntades y fascinan á las masas.»

La propaganda comenzaba á bosquejarse simultáneamente en París y en Londres. El príncipe vendía el castillo de Arenenberg para poder subvencionar, en 1839, dos diarios parisienses: *El Comercio*, dirigido por M. Mocquard y Mauquin, y *El Capitolio*, uno de cuyos redactores era M. Paul Merruan, que fué ba-

jo el segundo Imperio secretario general del barón Haussmann en la prefectura del Sena. Este último diario tuvo por fundador á M. de Crouy-Chanel, que recibió del príncipe ciento cuarenta mil francos, considerable cantidad para la modesta fortuna del pretendiente; pero que no bastaba para que este diario viviera más de seis meses. Dos clubs bonapartistas se fundaban en París: el *Club de los Cotillones*, del cual formaban parte las señoras de Salvage, de Faverolles, Renault de Saint-Jean d'Angely, de Querelles y de Gordón; y el *Club de los Calzones de piel*, compuesto del general Montholón, de MM. Vaudoncourt, Voisin, Laborde, Bouffet de Montaubán, Dumoulin, del general Piat, etc.

La embajada de Francia en Londres no vigilaba los manejos del príncipe; M. Guizot, que había reemplazado como embajador al general Sebastiani, se consagraba del todo á las grandes especulaciones diplomáticas de la cuestión de Oriente, por lo cual el eminente hombre de Estado se cuidaba más de Mehemet-Alí que de Luis Napoleón.

Entretanto toda Francia se preocupaba con la idea de que próximamente debían recibirse las cenizas del emperador. El 12 de mayo de 1840, el conde de Remusat, ministro del Interior, había presentado en la cámara de diputados, sin que nada hubiese hecho prever semejante comunicación, una demanda de crédito de un millón para traer desde Santa Elena á París las cenizas del emperador. El 7 de julio, la fragata *Belle Poule*, á las órdenes de uno de los hijos de Luis Felipe, el príncipe de Joinville, se había hecho á la vela para Santa Elena. Jamás el recuerdo del héroe de Austerlitz había sido objeto de semejantes homenajes; jamás la leyenda napoleónica, propagada por el autor de la *Historia del Consulado y del Imperio*, M. Thiers, entonces presidente del Consejo de ministros, había excitado semejante entusiasmo. El sobrino de aquel de quien M. de Remusat acababa de decir: «Fué emperador y rey, fué el soberano legítimo de nuestro país,» creyó que era llegada la hora de intentar un nuevo golpe de mano; y conspirador de mérito, halló medio de ocultar sus proyectos no tan sólo á la embajada de Francia, sino también al gobierno inglés.

En un despacho de la embajada (7 agosto 1840) se lee lo siguiente: «Es preciso haber vivido largo tiempo en Inglaterra para persuadirse de que una empresa como la de Luis Napoleón pueda prepararse y efectuarse en el puerto de Londres sin que el gobierno inglés reciba la menor noticia oficial. Sin embargo, esta es la verdad, y estoy convencido de que lord Normamby, no diré por un aviso formal, sino por una simple sospecha, no hubiera perdido momento para informar al gobierno francés por conducto de su embajada en Londres. La embajada misma ha dado aviso varias veces al gobierno del rey respecto á su impotencia absoluta para vigilar aquí las conspiraciones de los refugiados de toda especie; pero creía en la presencia en Londres de agentes activos y fieles, encargados particularmente de servir al príncipe. Uno solo de estos agentes se había puesto en relación con la embajada y transmitía por ella sus cartas al departamento del Interior. Ayer tenía ya en la mano la tercera edición del



*Morning Post* anunciando el desembarco en Boulogne, cuando me entregaron una carta de ese agente para el ministro del Interior, carta que comenzaba con estas palabras: «El príncipe Luis Napoleón ha renunciado á toda especie de tentativa de desembarco.» Dejo á juicio de V. E. el valor de los informes que podemos adquirir por este conducto, único de que disponíamos.» El príncipe había alquilado bajo un nombre supuesto á la Compañía comercial de navegación por vapor el barco *Castillo de Edimburgo* (Edinburgh Castle), pretextando una excursión á las costas de Escocia; el 4 de agosto él y sus cómplices se embarcaban en dicho vapor, y el 5 hallábanse delante de Boulogne.

## XXI

## BOULOGNE

Alejo de Tocqueville ha escrito en sus *Recuerdos*, á propósito de Luis Napoleón, lo siguiente. «Podemos decir, por lo demás, que fué más bien su locura que su razón la que, gracias á las circunstancias, constituyó su triunfo y su fuerza, pues el mundo es un extraño teatro.» Lo cierto es que la intentona de Boulogne fué una mala jugada que terminó en un descalabro absoluto; pero tal vez Luis Bonaparte no hubiera sido jamás Napoleón III á no mediar esta triste aventura.

El conspirador de Estrasburgo y de Boulogne estaba acosado no solamente por las visiones del Imperio francés, sino también por la del Imperio romano. Decíase á sí mismo que Napoleón había sido un César, y que él sería un Augusto. El siguiente pasaje de las *Revoluciones Romanas*, de Vertot, citado por M. de Persigny en las *Cartas de Londres*, le había impresionado particularmente: «El joven sobrino de César está en Apolonia, en la costa del Epiro, donde termina sus estudios y ejercicios, derramando abundantes lágrimas por la muerte de su tío. Languidece, desterrado lejos de Roma, presa del dolor y del pesar; pero su alma ardiente aspira á vengar la memoria ultrajada de su tío, y muy pronto revela al mundo, por un acto público, el objeto de su ambición. Sus padres y sus amigos le suplican que permanezca en el destierro; pero el joven Octavio rechaza estos consejos pusilánimes, declarando que prefiere mil veces morir á renunciar al gran nombre y á la gloria de César. Condenado por leyes inicuas, no teme arrostrarlas y marchar á Roma. Cierta día llega á la costa de Brindis y desembarca cerca de la pequeña ciudad de Lupia, sin más escolta que sus servidores y varios amigos suyos; pero sostenido por el gran nombre de César, que por sí solo debía darle muy pronto legiones y ejércitos enteros. Y en efecto, apenas los oficiales y los soldados de Brindis reciben noticia de que el sobrino de su antiguo general se halla cerca de sus muros, salen tumultuosamente á su encuentro, y después de jurarle su fe, le introducen en la plaza, haciéndole dueño de ella. Este primer triunfo es efímero, y muy pronto se siguen penas y tribulaciones; pero de este modo comienza la gran carrera del sobrino de César.» El desembarco cerca de Boulogne será la imitación del desembarco cerca de Lupia, y el príncipe Luis tomará por modelo á Octavio.